

EL HEBREO, LENGUA CLASICA *

CONEXIONES HEBREO-BIBLICAS CON LA CULTURA GRECOLATINA

EL hebreo es y debe ser considerado como una lengua clásica, con todas las consecuencias que de ello se derivan: tal es, sin ambages ni rodeos, la tesis que nos proponemos demostrar. Ante todo necesitamos exponer: 1.º el *concepto de lengua clásica*, para en seguida probar es perfectamente aplicable al hebreo; 2.º las *múltiples conexiones* que ligan el hebreo con la cultura clásica, la antigua y la renacentista; 3.º el testimonio vivo de los *filósofos, lingüistas y eruditos que incluyeron esa lengua en su bagaje clásico* como instrumento necesario de cultura, y 4.º la *necesidad consiguiente de conocerla* para penetrar a fondo en ciertos sectores del dominio clásico y otros no menos importantes de la cultura humana, o, si se quiere, de las humanidades, concepto tan afín de los estudios clásicos, al menos en su acepción usual.

I.—Varias son las acepciones del término «clásico»:

1.ª Designa en primer lugar la lengua, la literatura y en general la cultura griega y latina. «Pertenece a la literatura o al arte de la antigüedad griega y romana, y a los que en los tiempos modernos los han imitado».—(Dic. Acad.).

* Comunicación presentada al I Congreso Español de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid, 15-19 Abril de 1956. Véase un resumen en las Actas del mismo, Madrid, 1958, pág. 499-500.

2.^a Significa además lo que es «conforme con las reglas trazadas por los antiguos» (Larousse).

3.^a También tiene el sentido más universal del «autor u obra que por su perfección puede servir de modelo» (Id.), o «que se tiene por modelo digno de imitación en cualquier literatura o arte» (Acad.) por su perfección y excelencias. De modo particular, aunque no exclusivo, se aplica a los autores más destacados del siglo de oro de cualquier literatura, y también al lenguaje y estilo peculiar de los mismos o sus imitadores.

Esta última acepción es la que en realidad se acomoda más estrictamente a la etimología y origen del adjetivo «clásico». Aplicado primeramente a los ciudadanos pertenecientes a la primera de las *clases* creadas por el rey de Roma Servio Tulio, *classici* (sc. *cives*), se atribuyó después a *scriptores classici*, «escritores de primer orden», de donde la simple denominación de «clásicos».

En el presente estudio restringimos la aplicación del apelativo «clásico» limitándolo exclusivamente a las lenguas, el griego y el latín, pero con un matiz especial característico de las mismas, es decir no considerándolas simplemente como lenguas de Hélada y de Roma o como las más prominentes del grupo indoeuropeo —en ese caso nada o muy poco tendríamos que decir en relación con el hebreo—, sino como instrumento y vehículo que han sido de la cultura grecolatina perpetuada hasta nuestros días. Es decir, la cultura de la antigua Grecia y la antigua Roma, sus escritores, poetas, artistas, pero fusionada en íntimo consorcio con la civilización e ideología de veinte siglos de cristianismo; en otros términos, lenguas del llamado con feliz expresión el «humanismo», *humaniores litterae*. En definitiva, diríamos que el concepto de «clásico» en que nos basamos para la demostración de nuestra tesis es el *renacentista*, que recoge todo el acervo cultural grecorromano, pero incrementado poderosamente con otros valores, el *humanista*, que se define como «conocimiento y cultivo de las lenguas y las literaturas antiguas» (Larousse), no ya exclusivamente las grecolatinas, aunque sí con marcado predominio de éstas. Vemos, pues, que encaja perfectamente en esta última acepción de lo «clásico» el mundo representado por la lengua hebrea y la literatura bíblica. La 2.^a y la 3.^a acepción son también perfectamente aplicables a éstas.

II.—Aunque se diga, y a veces con algún viso de razón, que ese resurgimiento de la cultura griega y romana que aflora en la época

renacentista, estaba impregnado de paganismo, hay que reconocer que todos los grandes humanistas estaban fuertemente imbuídos de la cultura cristiana, de la cual no podían ni tampoco quisieron desposeerse. El resultado fue esa fusión o sincretismo feliz del mundo grecorromano, clarificado de sus escorias, con el cristianismo, convertido siglos hacía en civilización europea. Por mucho que se empeñaran algunos eruditos renacentistas en imitar a Cicerón y a Virgilio, su latín tenía, además del gusto antiguo, otros sabores y otras resonancias, que procedían en definitiva del mundo de la Biblia, adueñado de Occidente desde hacía más de un milenio y creador de una nueva cultura. Nadie bien documentado pretenderá limitar el ámbito de las letras y la cultura clásica al antiguo paganismo; ante tal tesitura, nada tendría yo que decir en pro de mi tesis en favor del hebreo como lengua clásica. Pero, en cambio, protestaría enérgicamente ante un concepto tan mezquino y sobre todo tan tendencioso, que se aparta del recto sentir y obvia naturaleza de las cosas. Baste recordar el capítulo con que A. Meillet termina su magistral *Historia de la lengua latina*, donde proclama y defiende con denuedo la «unidad del latín», y de pasada indirectamente también la unidad del griego. Mucho menos puede admitirse lisa y llanamente, como a menudo leemos en muchos autores y manuales, que el Renacimiento fué un retorno al paganismo, tanto en el orden ideológico como en el práctico (1).

A mediados del siglo I de nuestra era, cuando todavía le quedaban al Imperio romano de Occidente cuatro siglos de existencia, un nuevo y poderoso fermento espiritual, y por lo tanto cultural, se infiltra en sus entrañas. Los ciudadanos romanos, cuya lengua era el latín, y los nativos de habla griega, educados en las respectivas escuelas con el estudio de Homero, Píndaro, Sófocles, o bien de Horacio, Virgilio, Cicerón, Séneca y demás clásicos griegos y latino, pero no ya adoradores de Júpiter, ni siquiera de Minerva, sino purificados por las aguas bautismales, fueron creando una nueva literatura de soberanos destellos. Esa monumental literatura *patrística*, inmensamente mayor en cantidad a lo conservado de la literatura

(1) Como ejemplo, véase lo que escribe sobre el particular un publicista actual, cuyo nombre no hace al caso: «El Renacimiento no fue, como vulgarmente se cree, el simple retorno a los modelos literarios y artísticos de la antigüedad griega o romana, sino *más bien* el retorno a las costumbres de la baja romanidad».

pagana de Grecia y Roma, no inferior a menudo en calidad y primores de forma, y siempre a cien atmósferas sobre ella en contenido espiritual y valores sobrenaturales, constituye una nueva aportación del genio griego y del romano. El fermento que ha transformado esa masa no es otro sino el fuego celestial de la Biblia. En este sentido nada absolutamente podían hacer los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio, aunque otra cosa pretendan muchos autores germanos y germanistas. La Biblia es el libro sagrado de un pueblo semita, privilegiado entre todos con una misión excepcional y única. Pero hay más: tres siglos antes del advenimiento del cristianismo, la lengua y la literatura griega habían recibido una fuerte inyección de hebraísmo, desde el asentamiento de fuertes núcleos judaicos en la capital del helenismo, Alejandría, y también en otras ciudades: la traducción del Antiguo Testamento a la lengua griega es el venerable monumento que atestigua ese venturoso encuentro. Mas no fué el único, puesto que en ese período los judíos crearon una valiosa literatura judeo-helenística.

Por otra parte, los fundadores de la Iglesia y de todas las primitivas cristiandades diseminadas por todo el Imperio romano eran en su mayoría judíos de raza y cultura, que llevaron a esa magna empresa su espíritu, su ilustración, su formación bíblica, y en el fondo el estrato básico de la lengua hebrea, en que se plasmaron los libros de las revelaciones de Yahvé y una mentalidad troquelada por esa lengua. Se constituye una literatura bíblica griega y paralelamente otra latina, y de ese tronco fecundo brotarán ramas copiosas y lozanas en ambas direcciones, creación de los Padres Apostólicos, Apologistas y Padres de la Iglesia, griegos y latinos, así como también de sus continuadores, los escritores eclesiásticos medievales, hasta formar una espléndida selva.

Esa influencia no se manifestó solamente en las letras, sino también en las artes sin excluir la Música, importada de la Sinagoga, las Instituciones, el Derecho y la vida entera de la sociedad romana y la de los pueblos y naciones que fueron surgiendo a lo largo de la Edad Media.

En consecuencia, el núcleo de donde arrancan los nuevos y fecundos valores que transformaron la sociedad pagana es la cultura representada por la lengua hebrea con su literatura y las mentalidades por ella modeladas. La Biblia, a través de la *Vetus latina* primeramente y de la *Vulgata* jeronimiana después, educó a Europa

los quince siglos primeros de nuestra era, y a través de la versión griega de los Setenta a los países del mar Egeo. Sus esencias se mezclaron con los nobles valores del mundo clásico, infundiéndole nueva vida. Por eso no es comprensible gran parte de lo que el clasicismo y sobre todo el cristianismo representa sin la ayuda de ese foco que ilumina tan importantes sectores.

Repetimos que no ha habido otro factor vivificador. El árabe, por ejemplo, la lengua del Islam, domina desde el siglo VII extensas comarcas e ingentes masas de población, pero siempre ha sido un reducto levantado fuera y en contra de la Iglesia y también de la cultura clásica, pese a las salvedades que pudieran hacerse de algunos conspicuos ingenios. En cuanto a las lenguas europeas y la cultura que representan, se ha ido formando a través de los siglos medievales, nutriéndose de la savia de ese conglomerado clásico-bíblico.

Por lo tanto, la idea corriente y vulgar de lo que el Renacimiento significa, repetimos debe rectificarse o completarse. No es pura y simplemente el rebrote o reflorescencia de la cultura clásica grecolatina, soterrada durante un largo milenio bajo los estratos de las culturas medievales —ya sabemos que tampoco esto es verdad—, que se produjo en Europa durante los siglos XV y XVI. Este concepto, demasiado simplista, que supone un salto atrás en la marcha de la civilización, está ya superado en la moderna Filosofía de la Historia. Además lo contradice de un modo palmario el hecho innegable de la supervivencia de los estudios clásicos durante la Edad Media, la lectura y traducción en el decurso de esos siglos de los autores grecolatinos, así como el no interrumpido empleo de la lengua latina en Occidente y del griego en los países del Imperio bizantino.

III.—Pero aún prescindiendo de tan poderosa razón retrospectiva, hay otras que abonan la susodicha rectificación. Sin hablar de épocas más remotas, todos los ilustres renacentistas, o su inmensa mayoría, era competentísimos escriturarios, o por lo menos no ignaros del saber bíblico, cuyo desconocimiento habría constituido a la sazón una laguna y un baldón ignominiosos. La lista nominal sería interminable; lo mismo podríamos enumerar los sabios escrituristas que dominaban la cultura clásica grecolatina, renacentistas y también prerrenacentistas, tales como el famosísimo Tostado (1400-1455), «cuyo nombre basta», en frase de Menéndez Pelá-

yo (2), Fr. Luis de León (1527-1591), Martínez Cantalapiedra (†1579) el incomparable Arias Montano (1527-1598), los dominicos italianos Santes Pagnini (1470-1541) y Sixto Senense (1569) y los colaboradores de la Políglota Complutense (3) y la Regia, que los latinistas que demostraron su alto saber bíblico, por ejemplo, Dante (1265-1321) y Petrarca (1304-1374), Lorenzo Valla (1407-1457), el Cardenal Besarión (†1472), el célebre Erasmo (1465-1536), J. J. Escaliger (1540-1609), Roberto Estienne (1531-1598) y nuestro glorioso Antonio de Nebrija (1441-1522), Francisco Sánchez de las Brozas (el Brocense) (1523-1601) y Luis Vives (1492-1540)

Refiriéndose a los sabios que intervinieron en la composición de la Políglota Complutense dice Menéndez Pelayo: «Lo racional era que para una empresa filológica se buscara a los que mejor sabían el hebreo y el griego» (4). Ni siquiera menciona el latín porque da por descontado lo sabía a la sazón toda persona letrada. «El que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies», había dicho Juan de Lucena (†1506). En el tomo II de *La ciencia española* —«Apéndice», Carta de D. Alejandro Pidal y Mon— leemos lo siguiente: «El estudio de las lenguas sabias se utilizaba imprimiendo la Políglota Complutense, en vez de las obras impúdicas de la antigüedad pagana» (pág. 54 ed. de Suárez).

Hablando el mismo Menéndez Pelayo del célebre Fernando de Córdoba, que asombró al mundo con su memoria portentosa y su erudición, dice: «Hablabá con singular facilidad el hebreo, el ára

(2) *Est. de crítica lit.*, ed. nac. p. 292.

(3) Recordemos, entre otros: para la parte griega y latina, Antonio de Nebrija, Demetrio Cretense, Diego López de Zúñiga, Fernando Núñez de Guzmán (el Pinciano), Juan de Vergara; y para la parte hebrea y aramea, Alfonso de Zamora, Pablo Coronel y Alfonso de Alcalá. - Unos y otros colaboraron con entusiasmo y sana emulación en la obra magna que se les confió.

Escrituristas notables fueron asimismo:

Juan Maldonado (†1583)

Lorenzo de Villavicencio (†1580)

Rodrigo Dosma Delgado (†1607)

Sebastián Pérez (†1593)

Luis de Tena (†1622)

Juan de Pineda (†1637)

Eusebio de Nierenberg (†1658)

Diego de Turégano (†1655)

Brian Walton (†1658), cuyo nom-

bre va asociado a la 4.^a Biblia Políglota.

Todos ellos escribieron, como de costumbre, sus obras bíblicas en latín, y a cada paso demuestran su sólida erudición clásica.

(4) *La Ciencia española*, II, p. 30.

be, el caldeo (sc. *arameo*), griego y el latín; y en las disputas públicas convencía a todos y nadie le convencía a él» (5).

Con razón afirma G. Thomsen en su *Historia de la Lingüística* (6): «Todos los destacados filósofos de los siglos XVI y XVII eran a la vez expertos orientalistas y teólogos». Sin duda podrían hacerse salvedades, pero como apreciación general se ajusta bastante a la realidad esa formación, siquiera fuese somera a veces, en los eruditos renacentistas y sus inmediatos sucesores. En el siglo XVII illorece John Milton (1608-1674), autor del más hebraico de los poemas ingleses, y Newton, el gran matemático, escribe en latín un tratado sobre el Templo de Salomón (7). En resumen, podemos asegurar que si no todos los latinistas y helenistas de un modo absoluto eran orientalistas o escriturarios en el rigor de la palabra, en cambio todos los escrituristas y orientalistas sin excepción dominan a la perfección las lenguas latina y griega. Como índice elocuente de la afición que entre los eruditos se despierta a la lengua santa, baste recordar que de entonces datan numerosas gramáticas hebreas, compuestas en latín.

IV.—Considerando, pues, en todo su conjunto y complejidad el sugestivo panorama renacentista, no vacilaríamos en afirmar que ese movimiento cultural fué la feliz conjunción ideológica del mundo de la Biblia, ya tan arraigado en las naciones europeas, enriquecido por una vastísima y multiforme literatura grecolatina y corroborado por la filosofía escolástica medieval, con las más puras esencias de la antigüedad clásica de Hélada y Roma. Es por lo tanto un fenómeno histórico y cultural bastante análogo al del helenismo alejandrino, venturoso encuentro de la sabiduría oriental, principalmente la hebraica, con el saber helénico. Esta consideración es más que suficiente para persuadirnos de la *necesidad de conocer el mundo hebreo-bíblico* para penetrar a fondo en los valores y esencia de ese período crucial de la cultura europea.

Para convencerse de ese doble factor integrante del llamado Renacimiento por antonomasia, no hay sino hojear cualquier obra literaria de esa época, no ya solamente de la literatura sagrada, sino de cualquier género profano, tal como la épica, la dramática o la

(5) *Ensayos de crít. filosof.*, p. 292.

(6) Trad. esp., col. Labor, 1945, p. 51-52.

(7) Ms., del que poseo copia.

novela. No es raro encontrar en eventuales alusiones a las bibliotecas o cultura de ciertos personajes de la época renacentista, unidos en amistosa camaradería el hebreo con el griego y el latín. «Juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y *hebraïcos*», dice de Federico duque de Urbino el autor del *Cortesano* (cap. I). Y Lope de Vega en *La Doncella Teodor* (2.ª jornada) dice así:

¿Qué es lo que he leído
En la lengua latina, hebrea y griega?»

Grande era a la sazón la estima que se profesaba a la lengua hebrea entre los eruditos cristianos, como si se quisiera compensar el milenario olvido en que se la había tenido. En el prólogo —*Typographus candido lectori S. D.*— del *Thesaurus linguae latinae* de J. Passerat (ed. de 1609 del famoso *Calepini Dictionarium*, se consigna de pasada estas dos afirmaciones, admitidas sin discusión desde el Renacimiento: 1.ª considerar cómo las tres lenguas primarias al latín, griego y hebreo («*e tribus illis primariis linguis*», dice), y 2.ª reconocer entre ellas indiscutible primacía a la hebrea («*eam adiecimus quae principatum facile tenet, Hebraeam*»). Reparemos en que esto lo proclamaban eruditos conocedores, sí, de la lengua santa, pero que ante todo por sus actividades preferentes eran latinistas y helenistas, no precisamente lo que hoy diríamos orientalistas. En ese *Dictionarium Octolingue*, latino, como homenaje a tal primacía, figura siempre en primer término, dentro de cada artículo, a continuación de la voz latina, la correspondiente hebraica en caracteres hebreos y con su transcripción latina.

Naturalmente que ni por un momento hemos de pensar en la ya vetusta teoría del hebraísmo primitivo, que suponía era el hebreo «*prima et mater, origo et fons, unde reliquae, maxime propinquiores, tanquam rivuli fuere deductae atque propagatae*» (Schindler *Lexicon pentaglotton*, 1653). Hay que reconocer, no obstante, que esta teoría, de la cual encontramos vestigios en los antiguos Padres de la Iglesia, con la particularidad de que en su mayoría éstos no conocían el hebreo, tuvo gran arraigo hasta el mismo siglo XVIII. G. G. Leibniz (1646-1716) fué el primero «que abrió los ojos a los sabios sobre lo inverosímil de la hipótesis del hebraísmo primitivo» (Thomsen, *ob. cit.*). La teoría hebraísta —dice éste historia-

dor de la Lingüística— llegó a constituirse en sistema, y, como nota Rask en cierto pasaje sobre este movimiento, «no podemos maravillarnos de que se comulgara con esta teoría, cuando ya de antes era profesada con tal convicción.» (pág. 54).

Como quiera que el edificio de la ideología y la cultura humana se ha alzado no solamente sobre verdades sino también sobre errores, desvíos y extravíos, no hay más remedio que atenerse a las consecuencias y hacerlas resaltar. Por eso anotamos, de pasada, que esa preocupación de la primacía de la lengua hebrea fue otra de las razones que atrajo a los sabios a su estudio, dando lugar a que el fermento hebraico se introdujera y cundiese en amplios sectores.

En el panorama general de la cultura europea tenemos, pues, el hebreo como astro de primera magnitud que ilumina los campos bíblicos y teológicos; es un foco orientador de filólogos y lingüistas en general; ofrece perspectivas atrayentes a no pocos sabios, eruditos y escritores de todo orden —recordemos no más que a nuestro Quevedo—; y es imán poderoso de quienes se ven solicitados en su afán de saber por los estudios orientales. Sabido es que la Biblia fue el primer libro dado a la stampa en las prensas de Gutenberg (1450), y la atención que en seguida se prestó a la verdad hebraica, lo mismo en los establecimientos de eruditos tipógrafos, que en los centros de enseñanza y después en el Concilio de Trento.

La tradición hebraica, que en España mantuvieron viva y pujante los cinco últimos siglos medievales los judíos y conversos, alcanzó en la época renacentista espléndida floración, que ejerció poderoso influjo en nuestra literatura de la edad de oro. Patente es la preocupación en los más egregios representantes de nuestro teatro religioso de mostrar en etimologías y eventuales alusiones su conocimiento de la lengua santa, siquiera muchas veces éste fuera muy somero y aun por ventura simple información de segunda mano.

Exponente glorioso de esa denodada afición a la lengua santa y su inclusión en el área general de los estudios clásicos es el famoso *Colegio Trilingüe*, de Salamanca, donde convivían en idéntico derecho de ciudadanía el latín, el griego y el hebreo.

En cuanto al extraordinario valor formativo de la lengua hebrea y la literatura bíblica, que con ninguna otra admite parangón por sus nobilísimas y eternas excelencias, haría falta un libro para exponerlas y ponderarlas adecuadamente.

La orientación de la llamada «Nueva Lingüística», que se des-

arrolla desde finales del siglo XVIII, polarizó el estudio científico de las lenguas en la consideración de su parentesco, prescindiendo en cierto modo de los estrechos y fuertes lazos culturales que unen a ciertos idiomas con otros en diversos aspectos, que nada tienen que ver con su entronque familiar. Esta orientación se ha ido acentuando más y más hasta nuestros días, no solamente en las gramáticas generales de las lenguas de un mismo grupo —estudio de conjunto de innegable valor y utilidad—, sino también en el seccionamiento de las ramas filológicas de las Facultades de Letras, con el consiguiente detrimento en las vinculaciones culturales y estableciendo de esta suerte funestos compartimientos estancos.

En consecuencia el Hebreo quedó desarticulado del campo clásico y confinado al área de los estudios semíticos u orientales (del Oriente Próximo), en los que, por razones puramente lingüísticas, se ha concedido una especie de hegemonía a la lengua árabe. En España se llegó hasta solicitar ahincadamente por algún catedrático de Árabe, que vestía —y con todo honor, dicho sea respetuosamente— hábitos eclesiásticos, la supresión de los menguados restos de la enseñanza de la lengua hebrea que a principios de siglo perduraban en algunas Universidades españolas.

No opinaron, ni opinan, lo mismo ciertas Universidades extranjeras donde no solamente se ha mantenido con honor el estudio de la lengua santa, sino que se han conservado también sus conexiones con las lenguas clásicas. Así en Oxford, p. e., junto a la especialidad netamente grecolatina existe otra mixta de lenguas clásicas —se específica, griego y latín— y orientales, donde el hebreo ocupa un puesto de honor, al lado del árabe, el sanscrito, el egipcio y el chino.

Ya que en España los planes universitarios de los últimos lustros demuestran que el hebreo, redimido de su lamentable postergación, va recobrando parte de su antiguo rango universitario, abogamos por que sea reincorporado, por derecho de postliminio, a otros estudios que, como los clásicos grecolatinos, tienen con él tan añejas y venerandas vinculaciones.

David Gonzalo Maeso